

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1916-1925 MONTECERRAT, MÉXICO

IV

En el que Iscánder conoce el nombre de la que
sabía el suyo

Iscánder recordaba las palabras de su padre, quien acostumbraba á decir: "La rosa más bella dura un día, la espina más pequeña dura toda la vida... Acaricia á las mujeres, pero no las ames si no quieres convertirte en esclavo suyo... El amor no es grato sino en las canciones; en la realidad su principio es el temor, su medio el pecado y su fin el arrepentimiento».

Y á estas tres sentencias añadía esta otra, su complemento indispensable: "No mires á la mujer ajena ni prestes oídos á la tuya».

Apresurémonos á decir, en pro de Iscánder, que á los cinco minutos hubo echado todos esos consejos al rincón del olvido.

El joven tábaro amaba y temía. La primera parte

de la predicción de su padre: «El amor empieza por el temor», se cumplía, pues, en él.

Ocho días antes dormía muy tranquilamente y la noche le parecía asaz corta y grandemente refrigerativa.

Ahora se revolcaba en su colchón, mordía la almohada, y su cobertor de seda le asfixiaba.

—Pero ¿quién es *ella*? se preguntó por centésima vez el joven saltando de su colchón.

¡Ella! ¡vaya una palabrota!

El amor no puede sufrir los pronombres, y sobre todo en el Daghestán.

Hasta que sepa el nombre de la joven, Iscánder va á darle uno supuesto.

—¡Ah! exclama éste mientras se ciñe su candjjar, yo sabré cómo se llama mi... Leila: tal vez me vaya en ello la vida, pero sabré cómo se llama.

Poco después Iscánder se encontraba en la calle.

Es probable que el diablo dejó una de sus serpientes en Derbend: para unos es la serpiente de la ambición—¡cuántos hombres célebres se han disputado la posesión de Derbend!—para otros es la serpiente del amor—¡cuántos jóvenes han perdido el seso en dicha ciudad!

Era indudable que esta última serpiente había mordido á Iscánder-Beg.

El cual recorrió todas las calles, miró todas las puertas y ensayó penetrar con la vista todas las paredes y todos los velos.

Inútil, inútil cuanto hizo.

¿A quién preguntar el nombre de la desconocida? ¿Quién le diría: aquí vive?

La curiosidad de su corazón le empujaba hacia adelante diciéndole: «¡Vé!»

Pero ¿adónde? ¡Qué sabía él!

Mezclóse con la multitud, y la multitud le condujo á la plaza del Mercado; sitio el más á propósito para informarse del precio de la carne, si le apretaba sa-

berlo; pero para indagar el nombre de su ninfa, ¡quía!

Iscánder se acercó á un armenio, guiado por aquello de que como los armenios venden de todo, conocen á todos.

Este que decimos vendía pescados.

—Cómprame uno de estos hermosos chamaias, Iscánder, dijo el armenio.

El joven se alejó con aversión.

Por fin entró en la tienda de un platero távaro, hábil esmaltador, á quien dijo:

—Dios te ayude.

—Alá te dé felicidades, contestó el platero sin desviar los ojos de una turquesa á la que estaba engastando en una sortija.

Sobre el mostrador, tras el cual estaba sentado el artífice, había una escudilla de cobre llena de diferentes objetos más ó menos preciosos.

Iscánder lanzó un grito.

Acababa de reparar en un pendiente al que estaba seguro de haber visto, la vispera, en una de las orejas de la desconocida; y pareciéndole que había descubierto la primera letra del nombre de ésta, dióle un brinco el corazón.

Era como si hubiese visto la hermosa y diminuta mano de la ninfa haciéndole seña de que se acercase.

Iscánder no se atrevía á proferir palabra; vacilaba entre si preguntaba ó no preguntaba; no sabía qué decir. Temblábale la voz y en su mente andaban confundidas todas las ideas.

De improvisó fulguró una luz en su espíritu: verdadera astucia militar, una de esas astucias por medio de las cuales se conquista una plaza.

Vació la escudilla en su mano como para contemplar las alhajas, sin que el platero, que le había conocido, opusiese objeción alguna, y sacó con destreza suma el pendiente de entre el montón de objetos preciosos, se lo metió en el bolsillo, y exclamó pronta-

30049

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

mente, mientras ponía de nuevo las demás alhajas en la escudilla:

—¡Bueno! ahora se me ha caído el pendiente.

—¿Qué pendiente? preguntó el platero.

—El de las campanillitas.

—Por Alá, recógelo pronto, Iscánder; preferiría perder cincuenta rublos á que se me extraviase.

—No se ha perdido, costestó Iscánder.

Y al cabo de un instante añadió:

—Sin embargo es extraño que no le vea en parte alguna

—Vamos perdiendo la vista, dijo el artífice dejando la sortija que estaba cincelandó, poniéndose en pie y mirando por encima de su mostrador, mientras con una mano se levantaba los anteojos.

—Que no la hallo, repuso Iscánder dando algunos pasos y haciendo que buscaba.

Y luego añadió:

—Está perdida, no cabe duda.

—¡Alá me valga! exclamó el platero quitándose los anteojos y dejándolos sobre el mostrador, ¿qué has hecho, Iscánder-Beg?

—Que he perdido el pendiente.

—Pero tú no sabes lo que va á sucederme; ese viejo bribón de Hadji Festahli es capaz de entablarme pleito. ¡Un pendiente con esmaltes de Bacú!

—Por mi vida que te estás burlando de mi, Djafar, dijo Iscánder. ¿Qué estás charlando ahí? ¿Un hombre tan formal como Hadji Festahli, un descendiente de Mahoma, un santo llevaría pendientes?

—Y ¿quién te dice que los lleve?

—A lo menos, que yo sepa, no tiene mujer ni hija.

—Es demasiado ruín para eso; ¡no es poco avaro e viejol pero pronto hará diez años su hermano Chaff huyó á Persia, dejándole mujer é hija. La pequeñuela no tenía entonces sino seis años, ahora ha cumplido los diez y seis.

—Esto es, esto es, murmuró Iscánder con voz apenas perceptible.

Y luego en voz baja preguntó:

—¿Y esa sobrina se llama...?

—Casima, respondió el platero.

—Casima, Casima, repitió en voz baja Iscánder.

Y este nombre le pareció buena cosa más lindo que el de Leila, al que echó por alto como se hace con un limón en cuanto se le ha exprimido el jugo.

—Presumo que la pequeñuela habrá crecido desde la salida de su padre, ¿no es así? preguntó Iscánder.

—Ya sabes tú lo que pasa en nuestra tierra, respondió Djafar: la niña de un año parece tener dos, y diez la de cinco. Nuestras muchachas hacen como las cepas: apenas plantadas, ya está en sazón la uva. No la he visto nunca; pero su tío dice que es la doncella más hermosa de Derbend.

Iscánder-Beg echó el pendiente en la mano del platero y se salió disparado como una flecha. Sabía cuanto quería: el nombre y la morada de su ninfa.

El joven se encaminó en derechura á casa de Hadji Festahli, no con la esperanza de ver á Casima, pero sí con la de oír su voz. Además, puede que la doncella saliese con su madre, y sino él á ella, ella le vería á él, y presumiría que no había ido allá para su tío.

Pero como siempre, la casa del viejo Hadji Festahli estaba cerrada; lo que no le vino de nuevo á Iscánder, ya que de todas las de Derbend, la del santo era la de más difícil acceso.

El joven oyó, no la voz de Casima, sino la de un perro, que ladraba con redoblada furia cada vez que él se acercaba á la puerta.

Por fin ésta se abrió, dando paso á una abominable vieja que empuñaba una escoba, una bruja que sin duda se dirigía al alquelarre; la cual ni siquiera tuvo el trabajo de cerrar aquélla, que se cerró por sí sola. Lo único que sucedió fué que se oyó un ligero ruido como de alguien que corriese los cerrojos.

Iscánder estaba resuelto á no moverse del sitio hasta la noche, hasta el día siguiente, hasta que Casima saliese; pero la gente no podía menos de notar su presencia, y su presencia diría claramente á Fes-tahli: «Amo á tu sobrina; ocúltala más rigurosamente que lo has hecho hasta ahora».

El joven se volvió á su casa y se arrojó sobre una alfombra, y allí, como sabía que no podían verle ni oírle, se revolcó dando rugidos de rabia y aullando de desesperación.

Iscánder amaba al modo de los leones.

Los buenos musulmanes, los verdaderos creyentes no tienen noción alguna de lo que nosotros apellidamos el amor perfecto; Iscánder estaba pura y simplemente rabioso; quería á Casima en aquel mismo instante, sin pérdida de tiempo, inmediatamente. Era como uno de esos lectores que suprimen el prólogo de un libro y pasan de antuvión al capítulo primero.

¡Raza terrible para los padres y los tíos!

Pero á no tardar, Iscánder comprendió que por más que se revolcase por la alfombra durante todo un día, rugiese por espacio de una semana y aullase sin parar un mes seguido, esto no le acercaría á Casima ni el grueso de un cabello.

Era menester, pues, buscar un medio para conseguirlo.

Por fin y á fuerza de decirse á sí mismo: «El tío de Casima», acordóse de que si él no tenía tío alguno, tenía una tía.

¡Una tía! ¿para qué hubiera Dios creado á las tías sino para proteger los amores de sus sobrinos?

Para nada más es buena una tía.

Ni tú, lector, conoces una tía que en su vida haya servido para otra cosa, ni yo tampoco.

Iscánder se fué á comprar tela de seda para un vestido y con ella echó á correr á casa de su tía.

La cual tomó la tela y escuchó de cabo á rabo la historia de los amores de su sobrino; y como una tía,

por vieja que esté, se acuerda de sus juveniles años, la de Iscánder dió un suspiro, enviado á su pérdida juventud, y prometió á éste que haría cuanto estuviese en su mano para preparar una entrevista.

—Vuelve mañana á mediodía, hijo mío, le dijo la buena mujer; enviaré á buscar á Casima so pretexto de pintarle los párpados con cohól. Te ocultaré tras esa cortina, pillín. Lo único que te encargo es que seas prudente. No te menees ni respires, y sobre todo no se te acuda decir palabra á nadie de lo que por tí hago.

Excusado es decir que Iscánder se volvió á su casa loco de alegría.

El joven se acostó á puesta de sol, esperando que se dormiría y que entretanto las horas pasarían volando.

Pero ¿quién dijo dormir? Esto era bueno para otro tiempo.

Á la una logró adormecerse, pero á las dos estaba otra vez despierto.

Apenas serían las siete de la mañana cuando se encontraba ya en casa de su tía, ante quien sostuvo que estaban para dar las doce.

Al más leve ruido que se oía en la puerta, Iscánder corría á ocultarse tras la cortina, para luego volver al lado de su tía, á quien, moviendo la cabeza, decía:

—No va á venir.

Luego, montando en cólera y dando una patada, que mal año para el callo que la recibiera, añadía:

—Si no comparece, voy y pego fuego á la casa de su tío para que se vea obligada á salir si no quiere perecer achicharrada; entonces la tomo, me la llevo sobre mi carabac y huyo con ella.

Y cada vez que el sobrino se salía de quicio, la tía le calmaba diciéndole:

—No podía ser ella; acaban de dar las nueve, ó las diez, ó las once.

Pero al sonar las doce, la tía dijo:

—Ahora sí es ella.

Iscánder, que al igual que su tía, había oído el ruido que producían las pequeñas babuchas con tacones al golpear el empedrado del patio, de un salto se coló tras la cortina.

En efecto era ella, con su amiga Quitchina, la de los ojos azules, como la llamaban.

Las dos doncellas se quitaron las babuchas al umbral de la puerta, vinieron á sentarse cerca de la anciana tía y dejaron caer sus velos.

La cortina se movió; pero por fortuna ni una joven ni otra miraban hacia ese lado.

No; tenían los ojos fijos en la anciana, la cual con un pincelito de marfil meneaba el cohó que había en un pequeño recipiente de plata.

Casima fué á arrodillarse á los pies de la buena mujer, quien empezó á pintarle las cejas, y luego los párpados; pero cuando Casima, después de concluída esta última operaci6n, levantó sus divinos ojos, Iscánder sintió como un balazo en mitad del pecho.

Hasta la anciana quedó maravillada ante aquella milagrosa belleza, y en su admiraci6n por la doncella, la besó diciéndola:

—¿Voy á pintarte pronto en el baño, en medio de los cantos de tus amigas, mi hermosa Casima? Tienes unos ojos tan admirables, que no desco sino que todas las mañanas los abras sin pesares y por las noches te los cierre un beso.

Casima exhaló un suspiro y dió un cariñoso beso á la anciana.

Iscánder oyó el suspiro y sintió el calor del beso.

—Mi tío Festahl dice que todavía soy demasiado joven, respondió Casima con tristeza.

—¿Y tu corazón qué dice? preguntó la anciana.

Por toda respuesta, Casima tomó una pandereta que pendía de la pared y cantó lo siguiente:

¡Oh aurora! ¿por qué tan pronto
de las plumas de tus alas
he sentido la frescura?
¿Por qué con las vivas llamas
que despiden tus pupilas,
hermoso doncel, en brasa
el corazón me has trocado
esta tarde en la enramada?
¿Por qué en viendo en el espacio
brillar el astro hecho un ascua,
sin nieblas que le cubrieran,
ni nubes que le empañaran;
y el rayo, sierpe de fuego
fulgurar en la borrasca;
y temido por los males,
é implorado bienandanza,
he olvidado sol y rayo
y males y venturanzas,
y el mirar de esos tus ojos
le llevo fijo en el alma?

Al dar fin al último verso de la canción que acababa de improvisar, Casima se puso más encendida que una amapola; luego, echándose á reir como una niña, soltó la pandereta y se arrojó en brazos de su amiga, junto con la cual empezó de nuevo á reirse.

¿De qué se reían las dos doncellas y qué había de risible en lo que estaba pasando?

La anciana se hizo cargo de la situación, y para la dicha de su sobrino quiso poseer inmediatamente la llave del enigma.

—¡Oh aroma de rosas! dijo jugando con las sortijas de Casima, si mi sobrino hubiese oído la canción que acabas de cantar, con su pecho habría derribado la pared para ver á la cantora y luego la hubiera arrebatado como un león á una cabra.

En este instante se cayó, rompiéndose en mil pedazos, el vaso de agua de jazmín que había sobre el cofre inmediato á la cortina.

La anciana volvió el rostro, y las dos doncellas palidecieron.

—¿Qué es eso? preguntó Casima con voz trémula.

—¡Por vida del gato negro! dijo la tía de Iscánder, siempre hace de las suyas.

—Mal hayan los gatos negros, repuso Casima tranquilizada. Dicen que en ocasiones prestan su pellejo al diablo, y que por eso sus ojos brillan en medio de las tinieblas.

Luego, volviéndose hacia su amiga, añadió:

—Vámonos, Quitchina, madre no me ha concedido sino una hora, y el mollah ya grita.

Casima besó con tibieza á la anciana; pero conociendo ésta que tal tibieza era fingida, dijo, mientras conducía á la doncella hasta la puerta:

—No importa; por más que te incomodes, Casima, quisiera verte coronada de flores; tu dicha me es tan cara como un hilo de oro, con el cual yo conozco un hombre que quisiera atar su alma á la tuya... Nada temas, querida niña, sólo Alá, él y yo sabemos eso.

Casima abrió desmesuradamente sus divinos ojos, de los que la admiración dobló el tamaño; pero como en este instante mismo se encontrase en el umbral y su amiga la empujase suavemente, por toda explicación oyó el golpe de la puerta al cerrarse tras ella y el rechinar de la llave en el candado.

En poco estuvo como Iscánder-Beg no ahogó á su tía entre sus brazos cuando ésta volvió de acompañar á Casima.

La buena mujer se quejó amargamente á su sobrino, de que no pudiese haber estado quieto en su observatorio.

—No sé como no me he muerto de terror, dijo la anciana, cuando el vaso ha caído. Si Casima hubiese adivinado qué le ha hecho caer, ya podía yo contar con que la tierra de la tumba me habría cubierto la cabeza.

—¿Es culpa mía, exclamó Iscánder, y podía yo

acaso permanecer quieto cuando el corazón amenazaba quebrantárseme al ver las rosas que se han esparcido por las mejillas de Casima al pronunciar tú mi nombre? ¡Ah! no he podido reprimir un movimiento para cogerlas con los labios. ¿Qué quieres? quién siembra debe recoger.

—Pero no cuando sembramos en jardín ajeno.

—Cómprame, pues, ese jardín, tía; no dejes que me muera como un ruiñón en las espinas de una mata de rosas. Casima debe ser esposa mía; pide luego su mano á su tío, y sabré mostrarme tan agradecido como estoy enamorado. Lleva á bien tu embajada y cuenta con la más hermosa yunta de búfalos del Daghestán.

Al día siguiente Iscánder-Beg recibió la contestación de Mir Hadji Festahli; pero ¡cuán lejos estaba de lo que él esperaba!

Por lo demás, hela ahí: juzgue el lector de la esperanza que dejaba al pobre Iscánder:

—Di de mi parte á tu sobrino, había contestado Festahli á la anciana tía, que no me he olvidado de su padre. Éste, que era un bruto, un día y en presencia de todo el pueblo, apellidóme... no quiero repetirlo. De él no pude vengarme, porque el sucedido ocurrió precisamente en la época en que el poder ruso se inmiscuía en nuestras costumbres; pero no he olvidado su ofensa. Ya que no he podido quemar su féretro, el hijo es quien debe pagar la deuda del padre, que no soy yo perro para que vaya á lamer la mano que me ha castigado. Mas á decir verdad, aunque entre nosotros no existiera tal ofensa, tampoco conseguiría Iscánder la mano de mi sobrina. ¡Vaya una ganga ser tío de ese beg! Como él conozco yo más de setenta en Derbend, y si dice que no, cuando quiera se los enumeraré. ¿Qué me estás hablando de dote? Ya sé que arruinándose puede pagar mi sobrina; pero luego, ¿qué? ¿Acaso tiene parientes que estén en potencia de ayudarle en sus necesidades? ¿Cuántos

huevos de cuervo le producen de renta sus granjas? ¿Cuántos haces de ortigas cosecha en sus campos? Ea, tu sobrino es un pelón; no tiene donde caerse muerto. Dile pues que no, no y no. No quiero un tunante como él en mi familia. Su cabeza y su bolsa están tan vacías, que basta un soplo para echárlas á volar... Buenas tardes, abuela.

El que lee, conociendo, como conoce, el carácter de Iscánder, ya se figurará la ira del joven cuando su anciana tía le transmitió de pe á pa semejante contestación; pero por fin se tranquilizó, jurándose á sí mismo vengarse de un modo terrible de Hadji Festahli.

Iscánder era tártaro, y esto basta.

Ahí por qué Hadji Festahli estaba tan preocupado al subir las calles que conducían á la morada de Iscánder-Beg; por qué en su preocupación escupía ora sobre la negra barba de Huseín, ya sobre la rosada barba de Fersali, y por último, por qué llegado que hubo á la puerta del joven, en lugar de llamar recio y con impaciencia, se limitó á dar algunos golpecitos.

V

Toma y daca

Iscánder no estaba rico ni casado; por lo tanto la puerta de su casa se habría fácilmente y no á medias, sino de par en par, pues no temía que al ir á visitarle viesén á su mujer ó su arca de caudales.

Demás, el joven no recibía sus visitas en el umbral, como es costumbre entre los musulmanes padres de familia, sino en su aposento más recóndito, ya que en su casa nada había que pudiese despertar la codicia de los ladrones de corazones, ni la de los ladrones de dinero.

—¡Bien venidos seáis! gritó desde el otro lado de la puerta á los recién llegados, aun antes de saber quiénes eran éstos.

Y la puerta se abrió de par en par.

Como el núquer estuviese limpiando el caballo de Iscánder, éste había acudido á abrir la puerta por su

propia mano; pero no bien hubo reparado en Mir Hadji Festahli y en sus dos acólitos, quedó como quien ve visiones, y, subiéndosele la sangre á la cabeza, iba á llevar la mano á su puñal.

Sin embargo, pudo más en él la curiosidad que la cólera, y gracias á un violento esfuerzo logró dominarse.

Se puso, pues, respetuosamente las manos sobre el corazón, y saludando á sus huéspedes les invitó á entrar.

Hadji Festahli, Husein, Fersali é Iscánder se sentaron sobre sendas alfombras, se manosearon las barbas con la dignidad oriental, regularizaron los pliegues de sus trajes, y se inició la conversación como suelen iniciarse todas, hablando de cosas triviales.

Por fin y después de perder cinco minutos vertiendo palabras inútiles, Mir Hadji Festahli se fué al bulto y empezó á hablar de las desventuras que amagaban al Daghestán en general y á la ciudad de Derbend en particular, de persistir no fuese sino por ocho días más la sequía que en aquel entonces reinaba.

Á cada periodo, Hadji Festahli se volvía hacia sus compañeros, como para solicitar su apoyo; pero éstos, á su vez, permanecían mudos, y si no escupían á la barba del orador, no era ciertamente por falta de deseo.

Por su parte Iscánder parecía interesarse poco en la patética pintura que Hadji hacía de las desdichas de la ciudad y de la comarca; únicamente en el carmin de su rostro podía comprenderse que el fuego le devoraba interiormente.

Hadji remató su discurso con esta triple exclamación:

—¡Guay! ¡guay! ¡guay de Derbend!

—¡Probablemente! repuso Iscánder.

—¡Es indudable! añadió Husein.

—¡No hay remedio! lloriqueó Fersali.

Después todos guardaron silencio, durante el cua-

Iscánder fijó una interrogadora mirada en sus visitantes, que permanecieron mudos.

—Vosotros no habéis venido, hermanos míos, dijo el joven empezando ya á perder la paciencia, para que nos enjuguemos el sudor y lloremos en comunidad, y supongo que por parte vuestra, ó de la de aquellos que os envían—pues me hacéis el efecto de embajadores al lado de mi augusta persona,—tenéis que comunicarme algo más importante que lo que me habéis dicho.

—Á mi hermano le adorna una gran penetración, dijo Hadji Festahli inclinándose.

Entonces y en medio de un diluvio de circunlocuciones orientales encaminadas á demostrar cuánta honra envolvía para Iscánder el ser objeto de semejante elección, Hadji Festahli contó á éste lo que de su abnegación esperaban los habitantes de Derbend.

—¡Singular elección por cierto! repuso con vehemencia el joven, frunciendo por modo terrible el ceño. Hasta lo presente los habitantes de Derbend, en pro de quienes sin embargo me he batido muchas veces—si bien es verdad que si tal he hecho más ha sido en beneficio propio que no suyo,—no sólo no me han dirigido la palabra, sino que apenas me han saludado. Y ahí que ahora me dan una comisión que no he solicitado y de la cual soy indigno. Verdad es que en la montaña del Chakh-Dague hay un precipicio á cada paso y que en la cumbre de ella tiene su morada habitual el bandido Mollah-Nur; que hay diez probabilidades contra dos de que me caiga rodando al fondo de una sima y veinte contra una de que perezca asesinado por aquél; pero poco les importa, puedo serles útil en eso y se han fijado en mí. Y ¿me hacéis el favor de decirme por qué yo, que gusto del calor y del sol, iría á pedir nubes y lluvia á Alá? Al contrario, me place que mi casa esté seca, y sana mi caballeriza, y que el espacio esté libre de nieblas, así como limpias de barro las calles. Por otra parte, el sol hace

abrir mis huevos de cuervo, y mis ortigas crecen perfectamente sin lluvia. ¿No os burlasteis vos de que yo no cosechaba trigo? ¿Á qué, pues, echaría yo los hígados por el vuestro? ¡Habéis calumniado á mi padre, y robádole y expulsado luego, y me habéis despreciado á mí, y ahora queréis que en provecho vuestro arriesgue yo el pellejo y para vosotros todos implore la misericordia divina! Pero no, habéis venido para inferirme un nuevo insulto, y para que á este insulto nada falte, es al santo, al respetable Hadji Festahli á quien se ha confiado el encargo de hacerme semejante proposición. Nadie carga al camello cuando éste está en pic, sino cuando se arrodilla, y yo, ya lo veis, estoy derecho.

Iscánder, al pronunciar estas palabras, se levantó con la altivez de un rey y terrible como un dios.

—Ahora, continuó el joven, tenemos que ajustar una cuentecita Hadji Festahli y yo; por lo tanto, con vuestro permiso, dignísimos señores, nos alejamos por algunos instantes.

Iscánder hizo seña al tío de Casima de que le siguiera al aposento contiguo.

Al ver dicha seña, el rostro del santo musulmán se puso largo y sombrío como noche de otoño. Levantóse sonriendo Hadji; pero ya sabemos que hay dos sonrisas: una que avanza los labios como para besar, y otra que muestra los dientes para morder.

Iscánder y Hadji pasaron á la pieza contigua.

Lo que dijeron, mientras estuvieron en ella, Huseín el de la negra barba y Fersali el de la barba color de rosa, no lo sabemos, ya que estuvimos ocupados en escuchar, con el oído pegado á la puerta, lo que en el aposento supradicho hablaron Hadji é Iscánder.

Poco después los dos enemigos aparecieron de nuevo con el rostro radiante; no parecían sino dos placas del León y del Sol, labradas de diamantes, colocadas una al lado de la otra en el pecho de un ministro persa.

Iscánder se dirigió entonces á los otros dos visitantes, y dijo:

—Al principio tenía motivos únicamente de mí conocidos para no acceder á los deseos de los habitantes de Derbend; pero el respetable Hadji Festahli, á quien Dios conserve, me ha expuesto razones tan convincentes para decidirme, que ahora estoy presto á ir por nieve á la cumbre del Chakh-Dague, á riesgo de despeñarme ó de andar al morro con Mollah-Nur. Alá es omnipotente, y si una oración fervorosa puede ablandar el corazón de Dios, me atrevo á decir que el corazón de Dios se ablandará y que las nubes derramarán tantas lágrimas, que no sólo quedará apagada la sed de la tierra por este año, sino también para el próximo. Esta tarde me pongo en camino. Vosotros orad, yo obraré.

Luego añadió:

—El tiempo es precioso; no os detengo.

Los embajadores dieron las gracias á Iscánder, metieron los pies en sus respectivas babuchas y se salieron.

Iscánder se quedó solo, que era lo que deseaba.

—¡Bravo! exclamó el joven fuera de sí de alegría cuando vió que nadie podía oírle, ese pillastre de Hadji es todavía mejor de lo que yo creía. Me odiaba de muerte por que un día mi padre, á la faz de todo el mundo, le llamó no importa qué, y ahí que, cual verdadero patriarca, sacrifica su resentimiento al bien público y me da á su sobrina en cambio de un poco de nieve... ¡Es un gran sujeto!

Por su parte, al marcharse, Huseín y Fersali decían:

—Iscánder no es un hombre, sino un ángel. Estaba furioso contra Derbend y rabioso contra Festahli; pero en cuanto le han hablado de las lágrimas y de los sufrimientos de los pobres, no ha tenido fuerzas para negarnos cosa alguna.

Y el pueblo, á su vez, entusiasmado por haber consentido Iscánder, se puso á cantar y á bailar.

Festahli reía para sus adentros.

—La palabra, decía para su capote, ¿qué significa, sobre todo cuando no se da ante testigos? Iscánder no puede obligarme á cumplirla. Me hubiera muerto de vergüenza á haberme tenido que presentar de nuevo ante el pueblo con la negativa de ese mozo. Además he añadido: "Si das venturoso término á tu viaje..." y él todavía no ha regresado, y los senderos del Chakh-Dague son muy escarpados, y Mollah-Nur es valiente como el león. Veremos, veremos.

Verdaderamente Mir Hadji Festahli Ismael Ogli era todo un santo. ¡Cómo que descendía en línea recta del profeta!

Iscánder besó de alegría á su caballo del Carabach, diciendo:

—Como hay Dios que están locos al creer que por su trigo hago lo que hago. ¡Ah! por Casima, por mi hermosa Casima escalaría yo no solamente el Chakh-Dague, sino la luna. ¡Ibrahim! ¡echa avena á mi caballo, mucha avena!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
VOL. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

Oda en loor de la nariz

Dime, lector queridísimo, ¿has reflexionado alguna vez sobre lo admirable de la nariz?

La nariz he dicho, sí, señor.

¡Y cuán útil es la nariz á todo quisque que levanta, como Ovidio dice, su rostro hacia el cielo!

Sin embargo ¡oh caso estupendo! ¡ingratitude inaudita! todavía no ha habido poeta á quien se le haya ocurrido endilgar una oda á tan indispensable miembro.

Es menester que sea yo el que dé vida á semejante idea; yo, que no soy poeta, ó que, á lo menos, no tengo la pretensión de formar sino en pos de nuestros grandes poetas.

Es verdad, la nariz es desgraciada.

¡Los hombres han inventado tanto para los ojos!
Para éstos se han compuesto canciones, inventado

cumplidos, labrado caleidoscopios, pintado cuadros y decoraciones, fabricado anteojos, etc., etc., etc.; para las orejas, en primera línea pendientes, *Roberto el Diablo*, *Guillermo Tell*, *Fra Diávolo*, los violines de Stradivarius, los pianos de Erard, las trompetas de Sax, etc., y para la boca la *Cuaresma*, la *Cocinera popular*, el *Almanaque de los gastrónomos*, el *Diccionario de los glotonos*, y además se han condimentado sopas de toda especie, desde la batwigné rusa hasta la sopa con coles francesa; le han dado á comer la reputación de los hombres más eminentes, desde las chuletas á la Soubise hasta las morcillas á la Riche-lieu; han comparado sus labios con el coral, sus dientes á perlas y su aliento al benjuí; le han servido pavos, pl^{nas} inclusive, y becasadas enteras, y por fin, para lo porvenir le prometen alondras asadas.

¿Qué han inventado para la nariz?

La esencia de rosas y el rapé.

¡Ah! mis señores filántropos, y vosotros, poetas, mis compañeros, esto no está bien.

Y sin embargo, con qué fidelidad ese miembro...

—¡No es un miembro! gritarán los sabios.

Ustedes dispensen, me retracto: ese apéndice... ¡Ah! ya recuerdo: y sin embargo, decía, ¡con qué fidelidad nos sirve ese apéndice!

Los ojos duermen, la boca se cierra, las orejas se ensordecen; pero la nariz, ¡oh! la nariz siempre está alerta. Vigila por nuestro reposo y contribuye á nuestra salud. Las demás partes del cuerpo, pies y manos, no cometen sino sandeces. Las manos, en virtud de lo necias que son, se dejan aprisionar en un saco; los pies, desmañados, se tuercen y dan con nuestro cuerpo en tierra.

Y en este último caso, ¿quién es el paciente, las más de las veces? Los pies son los culpados y la nariz la que sufre el castigo.

¡Cuántas veces no hemos oído decir:

—Fulano se ha roto las narices!

Es incalculable el número de narices que se han roto desde el principio del mundo.

A ver si hay quien me cite una nariz, una solamente, que se haya roto por su culpa.

No, la pobre nariz es la que siempre paga los vidrios rotos.

Y no obstante, todo lo sufre con paciencia evangélica. Es verdad que en ocasiones lleva su audacia hasta roncar; pero ¿dónde y cuándo han oído ustedes que se quejase?

Olvidemos que la naturaleza ha creado este admirable instrumento para aumentar ó disminuir á nuestro antojo el volumen de nuestra voz; nada digamos del servicio que nos presta haciendo de intermediario entre nuestra alma y la de las flores; echemos de lado su utilidad, y examinémosla únicamente por su lado estético, la belleza.

Cedro del Líbano, huella el hisopo de los bigotes; columna central, sirve de base al doble arco de las cejas. Sobre su capitel descansa el águila, esto es, el pensamiento, y alrededor de ella nacen las sonrisas. ¡Con qué altivez la nariz de Ajax se erguía contra la tempestad cuando éste decía: «Pese á los dioses me salvaré!» ¡Con qué valor la nariz del gran Condé—únicamente llamado grande por su nariz,—entraba antes que todos, antes que él mismo, en las trincheras enemigas! ¡Con qué resolución se presentaba al público la nariz de Dugazón, que había hallado cuarenta y dos maneras de moverse, á cual más cómica!

No, no puedo creer que la nariz esté condenada á la obscuridad á la cual la ingratitud de los hombres la ha relegado hasta la fecha.

Quizá también se deba tamaña injusticia á que las narices de Occidente son en general muy pequeñas; pero ¡qué diablos! me parece que en el mundo hay otras narices.

Las de Oriente, por ejemplo, que son unas señoras narices.

¿Dudan de la superioridad de estas narices sobre las de ustedes, señores de París, Viena ó San Petersburgo?

En este caso, vieneses, tomen ustedes el Danubio; parisienses, embárense ustedes en el vapor; sanpetersburgueses, métanse en el *perecladdoi*, y pronuncien ustedes estas sencillas palabras:

—¡A Georgia!

Únicamente les prevengo que van á sufrir una grande humillación, y es que por más que lleven á Georgia una de las narices más descomunales de Europa—la de Jacinto ó la de Schiller, pongamos por caso,—al llegar á las puertas de Tiflis les mirarán á ustedes con extrañeza, y dirán:

—¡Qué desgracia! ahí un caballero que ha perdido la nariz en el camino.

Desde la primera calle de la ciudad, ¡qué digo! desde las primeras casas de los arrabales, van á convencerse ustedes de que todas las narices griegas, romanas, alemanas, francesas, españolas y aun napolitanas, deben hundirse de vergüenza en las entrañas de la tierra á la vista de las narices georgianas.

Por Dios verdadero, ¡vaya unas narices las narices de Georgia! ¡qué robustez y magnificencia la suya!

Las hay de toda estructura y de toda clase: redondas, guesas, largas y anchas; blancas, color de rosa, encarnadas y violáceas, y también con rubies, y con perlas; yo he visto una engastada con turquesas.

No tienen ustedes más que oprimirlas entre los dedos, para que de la más pequeña, mane una pinta de vino de Kakhethi.

Por una ley de Wachtang IV se abolió en Georgia la vara, el metro y la archina; no se ha conservado sino la nariz.

Las telas se miden por narices.

Allá dicen: «He comprado diez y siete narices de tarmalán para hacerme una bata; siete narices de caños para hacerme unos pantalones; una nariz y media de raso para una corbata».

Y, preciso es decirlo, las damas georgianas hallan que esta medida vale buena cosa más que todas las medidas de Europa.

Pero en cuanto á narices no hay que menospreciar las del Daghestán.

Así, por ejemplo, en mitad del rostro del beg de Derbend, Hadji Yusuf, ¡Dios dé fuerzas á sus hombros! se eleva cierta protuberancia á la cual sus paisanos no han hallado todavía nombre á propósito: unos la apellidan trompa, otros timón, aquéllos mangá.

A su sombra pueden dormir tres hombres.

Fácil es comprender lo respetada que debía ser en Derbend una nariz semejante, con un calor de cincuenta y dos grados al sol, cuando al lado opuesto de la misma, es decir en la sombra, la temperatura sólo llegaba á cuarenta y dos grados.

El lector no se admirará, pues, de que á Iscánder le hubiesen dado por guía á Yusuf.

Pero digamos la verdad por entero; no era precisamente por la nariz por lo que habían asociado á Yusuf con Iscánder.

Como lo indica el dictado de Hadji, que hemos antepuesto al Yusuf, éste había visitado la Meca, para llegar á la cual atravesara Persia, el Asia Menor, la Palestina, el Desierto, parte de la Arabia Pétreá y una porción del mar Rojo.

A su regreso, ¡qué admirables relatos no hizo Yusuf de su viaje! era de oírle enumerar los peligros que corriera, los bandidos á quienes tumbara patas arriba, y las fieras á las que, cual nuevo Saísón, desquijarara.

Cuando llegaba al bazar de Derbend, todos se apresuraban á apartarse, diciendo:

—¡Paso al león de las estepas!

—¡Vaya un hombre! decían los de más bigotes y más barbas cuando Yusuf-Beg rebanaba cabezas con su pico de oro. Dicen que al pasar por una montaña

de Persia y al llegar á la cumbre de ella colgó su papac de uno de los cuernos de la luna; que por largo espacio de tiempo no se ha alimentado sino de tortillas de huevo de águila, y que por las noches dormía en las cavernas, donde, cuando estornudaba, el eco respondía de suyo: «¡Alá te guarde!» Verdad es que casi siempre habla á trochemoche; pero sus palabras dan luego á los demás lugar á la meditación. ¡Qué bestias ha visto! ¡con qué hombres se ha encontrado! Ha visto animales con dos cabezas y una sola pata; se ha encontrado con hombres sin cabeza y que discurrían con el vientre.

Todos estos relatos eran ya algo rancios; sin duda debido á lo cual no habían pensado en él para enviarle por la bola de nieve; pero cuando por aclamación general se hubo conferido este cargo á Iscánder, Yusuf se subió sobre su caballo persa, se puso al cinto su puñal de Andrev, su pistola de Kuba y su chasca de Vladicavcas, y se paseó con arrogancia por las calles de Derbend, diciendo:

—Si queréis, yo acompañaré al pobre Iscánder; porque ¿qué queréis que haga sin mí el infeliz?

—Bien está, acompaña á Iscánder, le respondieron.

Entonces Yusuf regresó á su casa para reforzar su armadura defensiva con una cota de mallas de cobre y su armadura ofensiva con un fusil de Nuca. Luego se puso unas botas amarillas de altos tacones, y por último colgó de su silla su sable y su látigo.

Apenas podía moverse con todo este arsenal.

Yusuf estaba presto mucho antes que Iscánder, á quien aguardaba á la puerta, mientras decía para sus adentros:

—¿Viene ó no viene? Si me hubiesen nombrado á mí, hace ya dos horas que me habría puesto en camino.

A cosa de las seis de la tarde, Iscánder salió del patio de su casa, jinete en su corcel del Carabach y os-

tentando el traje y las armas con los cuales la gente acostumbraba á verle.

El joven atravesó despacio la ciudad, no por fanfarria, sino porque las calles que conducían de su casa á las puertas de Derbend estaban materialmente obstruidas por la muchedumbre.

Por fin logró unirse á Yusuf-Beg, le tendió la mano, saludó por última vez á los habitantes de Derbend y partió al galope, seguido de aquél, que montaba su caballo del Corasán.

Los vecinos de Derbend distinguieron por algún tiempo á los dos jinetes y á sus cabalgaduras, luego no vieron sino polvo, y por fin ni polvo siquiera.

Hombres y caballos habían desaparecido.

Llegado que hubo á un vasto cementerio, Iscánder-Beg puso su caballo al paso.

La noche empezaba á cubrir con sus sombras la tierra; pero el joven no pensaba en la noche ni en el cementerio, sino en su amada Casima.

Yusuf, que miraba á uno y otro lado con cierta inquietud, se aprovechó de que su compañero hubiese tirado de las riendas á su cabalgadura, para acercarse á él; pero Iscánder estaba sumergido en sus pensamientos.

¡Oh lector! si alguna vez has sustentado un alma juvenil; si has amado con todo el ímpetu de tu corazón, y si, joven y enamorado, te has alejado del lugar en que vivía tu amada, ya comprenderás qué sensaciones bullían en el pecho de Iscánder-Beg. Locura es indudablemente el imaginar que respirando el mismo aire nos acaricien los mismos sueños; que nos llevemos tantos recuerdos cuantas sean las veces que hemos fijado los ojos en una ventana, por más que ésta esté cerrada; pero semejante locura nos consuela. Nuestra imaginación es siempre más pintoresca que la realidad: siendo, como es, la poesía, vuela rauda como los ángeles y los pájaros, y nunca sus blancas

alas se han manchado con el lodo ni el polvo de los caminos.

La realidad, al contrario, es la prosa: desciende á las menudencias; inclinándose hasta la alabastrina garganta de la desposada, no mira lo afelpado del cutis, sino que pregunta si las perlas del collar que ésta ostenta son finas ó falsas; hace la corte al marido, acaricia al perro y distribuye dinero entre los criados.

¡Viva la poesía!

Iscánder argumentaba en su fuero interno, poco más ó menos como nosotros, con la única diferencia que lo hacía en edad veinticinco años más joven que la nuestra, lo que debía de darle los colores de la rosa y el aroma de la ogiacanta, cuando sintió que Yusuf-Beg le tocaba el codo.

—¿Qué hay, Yusuf? le preguntó el joven saliendo de su divagación.

—Que toda vez no hemos juzgado del caso quedarnos en la ciudad entre los vivos, no hallo razón para que nos quedemos en un cementerio entre los muertos. Pegue yo fuego á sus féretros, si todas estas losas no parecen que se levantan y si esta endiablada horca no extiende hasta nosotros su negra y descarnada pata.

—Es que anhela cogerte, Hadji-Yusuf, y teme que te le escapes, contestó Iscánder riendo.

—Escupo en la barba del que la ha plantado ahí, dijo Yusuf. Alá sea conmigo; pero todas las veces que paso por aquí, por mucho que me crea yo buen musulmán, y por más que esté limpio de corazón, pareceme que va á asirme de la garganta. Si quieres decir la verdad, Iscánder, confiesa que de no encontrarnos bajo la dominación rusa, no permaneceríamos largo tiempo en la ciudad con el fusil al hombro y el pie en el estribo. ¡Abajo las caravanas! ¡Oh! ya las arreglaría yo; el trozo más grande que de ellas dejaría no sería mayor que un grano de mijo.

—No sabía yo que de noche fueses tan valiente, en

verdad te lo digo, Yusuf, repuso el joven. Durante el bloqueo de Casi-Mollah te vi pelear durante el día, ó más bien no te vi; pero dime, ¿te encontrabas ausente de Derbend?

—¿Vas á estarte burlando de mí toda la vida, mi querido Iscánder? ¿Acaso no rebané en tu presencia y de un solo tajo la cabeza de aquel lesghiano, que, tal era la rabia que contra mí le animaba, decapitado y todo me mordió tan atrocemente el pie, que todavía hoy me resiento de la herida cada vez que va á cambiar el tiempo? ¡Cómo! ¿de veras no presenciaste ese episodio?

—Dios no me concedió esta merced.

—Por otra parte, pregunto yo: ¿son hombres los lesghianos? ¿Vale la pena arriesgar la cabeza contra sus balas? Si yo mato á un lesghiano, nada se pierde; pero si un lesghiano me mata á mí, ¿cómo va á componérselas Alá para reemplazarme? Así es que una vez hube quitado la vida al que he dicho, pensé que había luchado ya bastante cuerpo á cuerpo. Todos los días me iba á la ciudadela, de la que adoptara yo uno de sus cañones; sí, me convertí en su asestador; yo apuntaba y decía al portamecha: «¡Fuego!» y entonces veía brincar el grupo contra el cual asestara yo la pieza. Por Alá que me divertí. Nunca me he vanagloriado de ello, pero á ti que eres mi amigo, puedo decirte que me cabe la certeza de que soy la causa principal, vistos los estragos que hice en las filas contrarias, del levantamiento del sitio por Casi-Mollah. ¡Y pensar que en premio no me han concedido la más pequeña cruz, ni siquiera la de San Jorge!... ¡Hiii! ¿no oyes algo? añadió el valeroso beg pegándose á Iscánder.

—¿Qué diablos quieres que se oiga aquí, aparte del silbido del viento y del rugido de los chacales?

—¡Malditos animales! los mataría todos, padres, madres y abuelos. ¿Á qué viene la gresca que están moviendo ahora?

—Tal vez adivinan que mañana por la noche van á celebrar un festín con nuestros cadáveres. ¿Sabes que el que pesque tu nariz va á darse un gaudeamus de príncipe?

—Ea, no hagas bromas pesadas, Iscánder; las palabras malignas acarrean situaciones apuradas. Esta es precisamente la hora en que los bandidos se desparraman por los caminos para entregarse á sus fechorías. ¡Ay, Iscánder! ¡si tuviésemos la desgracia de encontrarnos con Mollah-Nur!

—¿Quién es ese Mollah-Nur? preguntó el joven, cual si no conociese á aquel de quien su compañero de viaje acababa de pronunciar el nombre.

—No hables tan recio, Iscánder, por Huseín y Ali te conjuro, de lo contrario me vuelvo á Derbend. Ese maldito Mollah-Nur tiene orejas en todos los árboles, y cuando uno menos piensa en él, ¡paf! se le echa encima como un rayo.

—¿Y luego?

—¡Cómo se entiende y luego!

—Si, ¿y luego? repito.

—Luego quedas cogido. Á Mollah-Nur le gusta reír y chancearse; pero ya comprendes que sus chanzas son de bandido. Si sabe que eres avaro, lo primero que hace es apañar con cuanto traes en los bolsillos y luego secuestrarte para exigir de ti un rescate. Ahora, si el que cae entre sus uñas es pobre, no sólo no le toma nada, sino que aun le da dinero.

—¡Cómo se entiende, da dinero!

—Tal como suena; más de una vez lo ha hecho; y ello pueden atestiguarlo algunos mozos enamorados que no tenían venticinco rublos para comprar á su mujer y él se los ha regalado. Á otros les toma oro en equivalencia al peso de las balas que lleva en sus cartuchos, y á algunos les exige tantos rublos cuantos caben sobre la hoja de su puñal. «Qué queréis, dice Mollah-Nur, yo mismo no soy sino un pobre mercader, y no hay comercio sin riesgo, sobre todo el mío».

—Pero, repuso Iscánder riendo, ¿por ventura aquellos á quienes Mollah-Nur detiene llevan pipas en lugar de fusiles? ¿ó acaso es de hierro ese sujeto?

—Más bien di de acero, amigo mío. Las balas se aplastan sobre su cuerpo como si chocaran contra una peña de granito. ¡Alá es grande!

—Por lo que me dices, prefiero creer que Mollah-Nur es el diablo personificado, pues no sino el diablo puede detener caravanas enteras.

—¡Cómo se conoce, desventurado, que nunca has oído más que el canto del gallo! ¿Quién te dice que Mollah-Nur no tenga secuaces? Sabe que siempre va rodeado de mocetones que creen preferible comer el pan cultivado por los demás que no tomarse el trabajo de cultivarlo por sus propias manos. Por Alá que no le faltan compañeros. Mira, aquí donde me ves, á menudo he pensado en que si yo no tuviese padres, ni esperase una herencia, valiente y aventurero como soy... Pero ¿qué estás haciendo, Iscánder? ¿adónde vas tan de prisa? Dicen que la obscuridad es la luz del demonio, y empiezo á creerlo, atento que esta noche está negra como el infierno. Pero ¿no me respondes, Iscánder? ¿En qué estás pensando?

—En que eres un cobarde, Yusuf.

—¡Yo cobarde! ¿No te avergüenza dirigirme tales palabras? Siento que no hubieses presenciado la tollina que dí á una gavilla de bandidos, casi á las puertas de Damasco. Sin jactancia puedo decir que, cuando la hube salvado, toda la caravana de peregrinos estaba á mis pies; y en verdad con razón. Había yo derribado tantos hombres, que mi fusil estaba hecho un ascua de fuego y se disparaba por sí solo. Quanto á mi sable, con tantas mellas le saqué del fregado, que no parecía sino un peine. ¡Ah! se me olvidaba decirte que sobre el campo de batalla dejé tendidos siete cadáveres y que cogí dos prisioneros.

—¿Qué hiciste de ellos?

—Como me estorbaban, al día siguiente les tosté.

—A eso le llamo yo ferocidad, Yusuf.

—Yo soy así.

—Y ¿no te abochorna contarme tales cosas? Tu fusil tenía más conciencia que no tú, pues á lo menos se sonrojaba.

—¿No me crees? pregúntaselo á Safar-Culi, que lo presencié todo.

—Lástima que Safar-Culi muriese hace ocho días.

—Es verdad. ¡Vaya con el majadero! bien podía haberse aguardado. Pero ahora caigo, quien te oyese me tomaría por un gallina. ¡Por Alá! échame á las barbas una docena de bandidos y verás cómo les aventó. ¿Dónde están? Señálamelos con el dedo... pero no ahora, que es de noche, y de noche no gusto de pelearme; quiero que el sol sea testigo de mi arrojo... Además, yo tengo por costumbre apuntar siempre al ojo derecho.

—No vuelvo de mi asombro, Yusuf. ¿Tú te deshaces de doce bandidos?

—Me sirven para un almuerzo.

—Venga el día, y ojalá nos encontremos con la docena justa y cabal. Te prometo dejártelos todos; no tocaré ni uno, ni aun con el pomo de mi puñal.

—Iscánder, en mentando al diablo, al punto asoma, y como los salteadores son diablos y ahora nos encontramos en sus dominios, vale más no evocarlos. Esto aparte de que por momentos las tinieblas van siendo más densas. No puede ser sino que Satanás se ha llevado la luna. Maldita noche, no sabe uno en dónde fijar los pies... ¡Ay! ¡á mí! ¡socorro!

—¿Qué ocurre?

—Que un bandido me sujeta. ¿Quieres soltarme, demonio?

—Pónmele á la vista y de un tiro le vaciaré la sesera.

—¡Que te lo ponga á la vista! esto pronto está dicho. Creo que tiene garras, pues me sujeta como el halcón á su presa... ¿Quién eres y qué quieres? Habla, amigo, y es fácil que nos entendamos.

—Ya me lo he presumido, dijo Iscánder acercándose á Yusuf. El miedo tiene los ojos muy grandes: mira, el salteador que te ha agarrado es una mata de *dergy-derevo* (1). Vaya, vaya, vaya, en verdad te digo mi querido Yusuf, que más te hubiera valido ir por agua á la fuente montado sobre un asno, que no venirme conmigo á buscar nieve á la montaña del Chakh-Dague.

—¿Una mata dices? no, sino un lesghiano ó un tchetche en carne y hueso; pero al verme en actitud de requerir mi puñal, me ha soltado.

—¿Y con esta obscuridad te ha visto llevar la mano á tu puñal, cuando tú mismo dices que Satanás se ha llevado la luna?

—Esos pillos son como los gatos: ven en medio de las tinieblas. Pero ¿qué es eso que se ve ahí delante de nosotros, Iscánder?

—El río. ¡Caramba! ¿y con esa nariz que traes no hueles el agua? Mira, mi caballo sabe más que tú de qué se las há respecto del particular.

—¿Acaso vas á vadear el río esta noche?

—¡Pues no!

—Sé prudente, Iscánder, vale más que aguardes á mañana. El vadear en hora semejante un río, no es tan fácil como hacerse una media luna, máxime el Caratcha.

Iscánder se encontraba ya en medio de la corriente.

Yusuf, que prefería seguir á su compañero á no quedarse atrás, se precipitó en el río Negro, que tal significa el vocablo Caratcha, y después de quejarse de la frialdad del agua, gritado que le tiraban de los pies, é invocado á Alá, acabó por ganar la margen opuesta.

Los dos compañeros anudaron la marcha, vadea-

(1) Arbol espinoso del Cáucaso, el más tenaz de los arbustos espinosos. Su nombre significa *el árbol que agarra*.

ron sucesivamente el Alcha y el Velvete, y al quebrar el alba se encontraron en las riberas del Samur, que se deslizaba ancho y majestuoso, y arrastrados por cuyas aguas se veían grandes piedras y árboles desarraigados que flotaban en su superficie como brizas de paja en la haz de un arroyo.

Esta vez Iscánder cedió al consejo de Yusuf y se detuvo.

Los jinetes echaron pie á tierra para dar descanso á sus caballos, y se tendieron sobre sus burcas.

Pero Yusuf no era hombre que pudiese pegar los ojos sin referir algunas de sus proezas, y así lo hizo; Iscánder le escuchó ahora sin interrumpirle ni chun-garse, tal era el sueño que de él iba apoderándose.

El uno contaba lo que nunca había pasado; el otro soñaba en lo que iba á acontecerle.

Por fin Yusuf, al ver que él solo sostenía la conversación, resolvió dormirse.

Iscánder se le había anticipado hacía ya mucho tiempo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FELIX ARRIAGA REYES"
Avenida. 2825 MONTEPERREY, MÉRIDA

VII

Mollah-Nur

Grato es verse despertado por el primer rayo de sol, cuando este rayo pasa al través de una cortina de seda y levanta del rostro de la mujer que descansa á nuestro lado, fresca cual gota de rocío sobre una hoja, el negro velo de la noche; pero más grato es todavía abrir, tras corto sueño, los ojos bajo un cielo sereno, y encontrarse de improviso en presencia de la risueña naturaleza. La desposada está siempre más seductiva que la esposa; y ¿qué es la naturaleza sino la eterna desposada del hombre?

Iscánder abrió poco á poco los párpados, todavía pesados por el sueño, y admiró el espléndido cuadro de la mañana. En torno de él ondulaba el bosque, que ostentaba su esmeraldino verdor meridional; encima de su cabeza resplandecía y humeaba el nevado Chakh-Dague, y á sus pies se deslizaba el ruidoso